

El Señor Dios Misericordioso lo proteja, Señor Gobernador Tastuanes.
– El Señor Dios Misericordioso lo defienda, Capitán Alguacil Mayor.
– ¿Y cómo amanece, Señor Gobernador?
– ¿Cómo amanezco? ¡Cómo empobrezco! ¡Cómo empobrecemos, capitán!
Nuestro gobierno, el excelentísimo gobierno de España, está en la lipidia. Vea esta oficina...

Era un tamaño salón, con el gran cucarachero y el poco de chereques.
Y en el centro, por cuenta, ni mesa había ya. Y como no tenía mesa el Gobernador,
tampoco tenía ni la carpeta de oro ni el tintero de oro ni la pluma de oro.
En la gran palmazón estaban.

– Todos los reales se van en convivios y en bailongos. ¡Desde hoy quedan prohibidas
las danzas, las fiestas, las bodas y todos esos pereques! ¡Prohíbanse los bailes!

Cuando el Señor Gobernador gritó, hasta que le charchaleaba el güergüero
de la arrechura. En aquella su oficina, con tufo a chilcagre y a ratones,
sólo quedaba un cerro de papeles en blanco.

– ¡Ya estuvo! ¡Doy orden de impuestos generales! Desde hoy pagará impuestos todo mundo.
Y los primeros en pagar van a ser esos indios comerciantes que andan bisneando
por cualquier rumbo. ¡Desde hoy para toda cosa será menestar licencia, permiso,
autorización y contribución!

Y terminando de hablar, le corcoveó la gran panza toda aguada.

– ¡Vaya enseguida a cumplir mis órdenes! ¡Cobre los impuestos y prohíba los bailes!
– Va de baile, Señor Gobernador.

Y el Señor Gobernador Tastuanes se quedó íngrimo, en el gran salón en pampas.



Obedeciendo órdenes totalitarias, arbitrarias y repugnantes,
el Capitán Alguacil Mayor reunió a la ronda de los policías.
Y salieron a prohibir los bailes y a cobrar los impuestos.
Pero se las vieron en las de a palito...



El Señor Dios Misericordioso lo bendiga, Señor Gobernador Tastuanes.
– El Señor Dios Misericordioso lo proteja a usted, Capitán Alguacil Mayor.

El pobre capitán venía hecho paste, echando el titil por la boca.

– Señor Gobernador, es por demás. Los policías mañanearon para ir a los cobros, pero donde esos indios se les rieron a grito partido. Son tan míseros y tan en hilachas los uniformes que andan, que no imponen respeto sino que la grandísima carcajada. Y el que más burla nos hizo fue ese viejo Güegüense, arrecho al baile y a...

– ¡Prohíbanse los bailes! – pegó el grito el Gobernador, mientras con el pulgar se aplastaba un piojo—. ¿Y quién es ese Güegüense?

– El más igualado de todos, un viejo indio que conspira contra usted, que se niega a pagar los impuestos, que no acata la prohibición de las bailaderas, el más taimado y guatusero, el más necio, el grandísimo cabrón.

Camarón rojo-rojo parecía el Gobernador de bravo que estaba.

Y su gran panza era un solo temblido de cólera. Y de la fuerza de la arrechura hasta le saltó un botón del chaleco...

– Capitán Alguacil Mayor, ordene a la ronda de policías que siga y prosiga cobrando los impuestos. Y a ese mentado Güegüense, a ese indio chúcaro que conspira contra mí y contra el gobierno de España, a ese igualado cachipuco cara de barro que se niega a pagar los impuestos y es arrecho al baile, a ese pata de perro rebelde y fiestero, el más taimado y guatusero, el más necio, el grandísimo cabrón, ¡tráigalo a mi presencia!

– No es tarea fácil, Señor Gobernador...

– ¡Orden es orden, Capitán Alguacil Mayor! Tráigalo aquí de las canillas, de las narices, de la cola, ¡o si es preciso, de su par de chibolines!

– Va de viaje, Señor Gobernador.

Y el Capitán Alguacil Mayor salió en carrera y agarró para el lado de la Mamatencha, por donde vivía el Güegüense.



Ya había amanecido y ya habían alborotado los zanates cuando llegaron a buscarlo. Estaba el Güegüense a la mera puerta de su rancho, con Forcico y Ambrosio, sus hijos. Los tres ellos encotonados ya y bailando, como siempre. De un solo, el Güegüense, paró el baile.

- Muchachos, me late que hoy la faena no será chiche...
- ¿Por qué así, papa?
- Me chirrían las orejas con un chirrinchirrín que me suena a tuerce.

